

El manual del servilismo de Christopher Domínguez Michael

GONZALO MARTRE

Mucho se ha escrito ya en este inicio de año acerca del dizque Diccionario crítico de la literatura mexicana de Christopher Domínguez Michael publicado por el FCE. Más tinta se ha derramado de la que el “Diccionario...” merece. Ello obedece a que, siendo el libro en cuestión tan malo, y su autor tan petulante, nadie en su sano juicio debe desperdiciar la ocasión para ajustarle las cuentas. Por eso, y nada más.

En lo sucesivo y, para ahorrar tinta, Christopher Domínguez Michael será el “Chóforo”; no es un apodo arbitrario, proviene de que su nombre equivale en el santoral católico a Cristóforo y éste a su vez tiene como hipocorístico “Chóforo”. Choforito, diminutivo cariñoso, de ninguna manera despectivo.

Es necesario pues, analizar el libro del Chóforo. Pero el libro comprende 150 autores y de analizar cada uno haciendo una síntesis demandaría al menos una página por autor, lo cual nos daría 150 páginas que conformarían otro libro. Y no es para tanto. Ha flotado en ese río de tinta un denominador común: el Choforito excretó un libro que no es diccionario y mucho menos crítico. Se trata de la reunión de algunas reseñas ya publicadas antes por él, ordenadas por orden alfabético de autores. Un puñado de reseñas que abordan autores que son amigos, jefes o padres espirituales del autor; en ellas campea la cortesanía a veces en grado de abyección. Están tachonadas esas reseñas por innumerables citas directas o indirectas de autores preferentemente en idioma inglés, sin escasear desde luego, el francés; a tal grado abundan que cubren al texto de un farragosismo tan denso y pesado que a veces lo hace ilegible. De crítico, el Choforo ha descendido a vocero de cenáculo y publicista de su gremio.

Como ya se dijo, en la imposibilidad de analizar a los 150 autores agraciados por la benevolencia choforesquiiana, hemos escogido tres que son típicos de su relación. Por un lado Efraín Huerta y David Huerta y por el otro, Enrique Krauze. A David le dedica 7 páginas, a su padre, el Gran Co-

codrilo, tan sólo dos. La razón es muy sencilla: si bien Efraín fue en su juventud amigo del Pope Paz, en la última época de su vida se distanció definitivamente de él. En cambio, el pequeño David medró a la sombra del Pope y supo congraciarse con él: es pues, del equipo choforoscoso, ahora una de las viudas de Pazcárrega. A Enrique Krauze le dedica 9 páginas y no es difícil saber por qué siendo historiador, por obra y gracia del artificio verbal resulta en este libro literato de polendas: es que Krauze es su patrón y, bueno, hay que ganarse la vida.

Huerta: la pequeña lagartija

Para comenzar, es de hacer notar que el Chóforo inserta en esta reseña 63 CITAS, la mayoría de autores extranjeros y muchos de ellos repetidos: no sabe uno al leer este texto si está frente a una reseña literaria o se equivocó y se ha topado con una lista de “citas citables” al modo de la revista Seleccion; los cortes “eruditos” hacen ilegible la reseña, sin embargo, a fuerza de espulgar algo puede verse algo de la piel del perro. Aunque esté sarnosa.

Concentra el Chóforo la casi totalidad de su “estudio” en el poema Incurable (de tan sólo 389 páginas en 9 capítulos) y dice que esta obra “me parece decisiva para contar la verdadera historia de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo xx.” Esto es, sin Incurable del inmenso poeta DH, esta literatura es falsa. Tratará de demostrarlo, pero antes afirma que DH “es el poeta mexicano más leído por los jóvenes poetas”, o sea, Sábines a su lado es un pobre gañán leído por senectos. Pero advierte que a DH “debe leerse como el segmento breve que la exegética aísla para sus propios fines, la explicación y la doctrina o la interpretación y la memoria.” De parrafitos como éste está lleno su “estudio” o, ¿debemos decir “brillante ensayo”? En este tono, la Pequeña Lagartija es “un poeta derrochador ya enriquecido por sus dones”. No obstante, no ha tenido suerte con la crítica –él es el único crítico que lo comprende– y se llama a dolido: “La historia crítica de Incurable es sorprendentemente parca y es la crónica de un desdén un tanto rudo y no pocas veces exitoso. Junto a quienes, no debiendo hacerlo, optaron por el silencio”. Trasladado a un lenguaje vulgar, pero no soez, puede traducirse así: nadie lo pela, sólo yo, el Gran Crítico, el único que advierte que es chido. Y el Chóforo, envuelto en su auto halo de grandeza habla de silencios que no debieron tejerse alrededor

de la Pequeña Lagartija. Pero, ¿es que en su diccionario no existen esos silencios? ¿Acaso da su lugar a autores como Avilés Fabila, Arturo Azuela, Guillermo Samperio, Martré, Xorge del Campo, Ontiveros y tantos otros más que no están porque no los consideró dignos de su olímpica atención y los omitió pese a que “no debió hacerlo”? ¿En dónde dejó la autocrítica? ¿Acaso la perdió en el despacho de la Cantante de Rancheras cuando firmó el contrato para este inicuo libro que tan mal deja parado al FCE? Y en seguida, el subconsciente chofresco come te vil traición: “El libro (Incurable) empezó queriendo ser una obra maestra, en los términos de Cyril Connolly, y terminó siendo sólo un libro grandote”. Recordemos que en la contraportada se habla del libro -y ahora nos referimos al “diccionario”, que es un diccionario de autor. De ahí a pretender que este diccionario de autor sea una obra maestra no hay sino un pequeño espacio, pero como él mismo lo señala, no pasa de ser sino un libro grandote: 557 páginas atestiguan la pifia y su inutilidad.

Y sigue la loa sin límite ni pudor: a la Pequeña Lagartija “es necesario reconocerle la osadía de ser un poeta que, como quería Joseph Brodksy, al buscar carne encontró palabras”. Recojamos con beneplácito una cita del Chóforo: “inmanente mundo de citas”. No un mundo, sino todo un universo sobre poblado de citas es la chofresquiiana obra. Hablando de citas, es de hacer notar que tres veces cita en esta reseña a su cuate Aurelio Asiaín, venga o no al caso. Y sigue alabando la poesía lagartijera: “...pues a la verdadera poesía puede llegar a sobrarle esa erudición libresca o esa ansiedad epistemológica”. Y de nuevo brilla intensamente la falta de autocrítica pues, a este mamotreto (diccionario, no Incurable) lo que le sobra es esa catarata erudita que cayendo sobre la cabeza del lector lo deja turulato. Y adelante nada más añade de Incurable: “...lo convierten, como yo lo creo, en un tardío y espectacular poema del modernism en nuestra lengua”, ...y más de lo mismo: “Incurable, es uno de esos libros que, como quería Brodksky, al combinar la necesidad lingüística y la condición perecedera de la propia carne, emergen impulsados por la urgencia imperiosa de conservar ciertas cosas del mundo de uno, de la civilización de uno, de la propia continuidad no semántica de uno”.

Pero... ¿de qué trata ese farragoso e interminable poema lagartijero? Según informa el Chóforo, es una novela escrita en verso donde abundan los amores carnales y las citas eruditas.

Es indispensable ya, obtener alguna conclusión de esta infumable reseña. Con certeza, David Huerta, la Pequeña Lagartija, hijo del Gran Cocodrilo, quiso, en un afán incurable,

ascender a las cimas de El Tajín, pero ni siquiera pudo darle la vuelta a la Avenida Juárez. Ni contando con la ayuda del Chóforo.

Huerta: el gran cocodrilo

Parco fue el Chóforo en citas con Efraín Huerta: CINCO nada más. Es que no merece más, el Gran Cocodrilo deberá conformarse -allá en el Parnaso- con estas cinco: ¿quién le manda ser un poeta menor? Para POETA, con mayúsculas, enorme y trascendental poeta, la Pequeña Lagartija.

Insidioso, en sus parrafadas sobre EH, el Chóforo desliza ideas malsanas sobre su poesía, trapiés que -según él, luego corrigió, pero que conste, este Gran Cocodrilo nunca surcó los pantanos sin mancharse, salió con pintitos, de esos que echan a perder el mejor arroz. Véase: “Y cosa rara en un poeta mexicano, la obra de Huerta no se ancló en los hallazgos juveniles ni se anquilosó en sus rutinarias caídas demagógicas y proselitistas.” Entiendan, esa demagogia inicial lo excluye de figura junto al Pope Paz, o junto al inefable García Terrés. Y sigue: “Nada tuvo Huerta de inculto o bárbaro, como lo presentaban ante su ocasional complacencia, sus lectores más ingenuos y fervorosos.”

Entiendan, si algunos decían que era inculto, que era bárbaro, era porque el río cuando agua lleva, suena. Y más aún: “No deja de ser curioso que un poeta en apariencia dedicado al alma y las formas populares fuese el autor de El Tajín (1963), un poema que muchos mexicanos -algunos de ellos de cuerdas bien distintas- tienen por canónico, uno de esos textos fundacionales que involucran a la poesía como testigo de la corrosión de la historia y su destino ruinoso como motivo.” Como que el Chóforo nos dice que El Tajín fue garbanzo de a libra, quizá alguien se lo dictó. Y ésa es toda la referencia que hace el Chóforo de ese inmenso poema. Esperábamos que le dedicara al menos la mitad del espacio que le reservó a Incurable de la Pequeña Lagartija. Pero no, el Chóforo escurre el bulto, no desea reconocer que EH fue un gran poeta, debe minimizarlo. ¿Y cómo aplastarlo? Echando mano a uno de sus trastu-pijos literarios favoritos: la cita. Y dice que José Emilio Pacheco opina que: “toda una ancha corriente de poesía mexicana; no la única desde luego, y en ocasiones tampoco la más valiosa, en buena parte porque resulta devorada por una retórica de lo tremendo y de lo visceral que no ha limado sus asperezas en los delicados cristales de muchos poemas de, por ejemplo, Efraín Huerta”. Así que ya tenemos a JEP cargando con el muerto y del entierro resulta que EH es tremendista y visceral: ¡fuchi!

Cierra el Chóforo alabando los poemínimos y olvidando El Tajín: “Entrando a uno de los universos poéticos más risueños de la literatura mexicana, yo regreso a los poemínimos, a veces comparables a las greguerías con la satisfacción de quien disfruta de uno de los pocos tesoros verbales que me atrevería a llamar, sin reticencias, teórica y de manera idiosincrásica, como absolutamente nacionales.” Ojo, mucho ojo, a veces son comparables a las greguerías, pero nunca superiores. Ya don Ramón Gómez de la Serna puede dormir tranquilo en el Parnaso. Según el Chóforo nadie lo ha superado aún, ni siquiera ese poeta mexicano tan chistoso como nacional, es decir, local. Y no hay más. Ni hace falta, porque el Chóforo se define como un falso crítico, un payaso de las letras mexicanas, un gran cagador de citas a favor de su clan.

Krauze: la kk de los biógrafos

Cuando la Rana Roja se topó en una librería con el Diccionario crítico de la literatura mexicana brincó de gozo: ¡cómo hacía falta una obra así! Luego vino la primera decepción: el autor no era Musacchio, sino Christopher Domínguez Michael, dudoso de probidad. Al recorrer el índice vino la segunda decepción: ahí figuraba Enrique Krauze, quien, hasta el momento se hacía pasar como historiador no siendo sino historietista y, de ningún modo literato. Enrique Krauze cuyo patronímico tiene comúnmente un hipocorístico que es Quique o Kike de ambos modos puede escribirse y fonéticamente es idéntico. Esto es: Kike Krauze las dos siglas con “K”, un modo de abreviar KK para mayor comodidad en la lectura. La pregunta volvió a surgir: ¿qué hace KK en un diccionario de literatura?

Intrigada, la Rana Roja se entregó a la lectura del capítulo dedicado a KK y no iba en la página segunda cuando cayó en la cuenta de que estaba leyendo una loa desvergonzada para darle a KK el carácter que nunca ha tenido: escritor. La pícara Rana Roja recordó inmediatamente que KK era el patrón del Chóforo en la empresa llamada “Letras libres” y los motivos quedaron claros. Había que congraciarse lacayunamente con el patrón, no importando el descrédito que podría acarrearle su actitud.

La lectura no fue reveladora, dado que la Rana Roja presuponia lo que iba a leer. Fue confirmadora de todo lo peor que presintiera. Vamos a ver: Para comenzar, halló 21 citas eruditas; era de esperarse, pues con citas reviste de pomposidad sus textos. Como la obra que ensalza el Chóforo es la que se refiere a los caudillos de la Revolución mexicana dice que ellos “convocan una turba demoníaca que toca la literatura, la bio-

grafía, la historia y, finalmente, la política. La amplia recepción pública que han tenido los libros de Krauze no se ha visto correspondida por una equivalente atención crítica”. Pero para eso está el Chóforo, para hacerle justicia a KK ¡faltaba más! Por lo pronto ya relacionó a los caudillos de KK con la literatura, lo demás caerá como avalancha en tiempo de primavera. Reconoce en el párrafo anterior que nadie tomó en serio los folletos dizque biográficos de KK (“no se ha visto correspondida por una equivalente atención crítica.”) La memoria de la Rana Roja no le es aún muy infiel: dichos folletos fueron costeados por la Secretaría de Agricultura cuando el titular era el gordo Pesqueira Olea. Gracias a esta subvención aparecieron en todos los puestos de periódicos y, aparentemente fueron tan difundidos como leídos. De ahí a que la SEP obligara a sus maestros a recomendarlos en las primarias y secundarias como fuente de historia patria no había más que sólo un paso. Pero eso no quiere decir que la gente interesada en leer los comprara: eran muy sospechosos, precisamente por esa divulgación masiva; luego hace víctima a KK quien sufrió “la repulsión política de todos aquellos que rechazan el combate liberal de Krauze”. ¡He aquí a KK convertido en esforzado paladín de la



José C. Salinas

historia mexicana! No se midió el Chóforo. Y en seguida viene el cebollazo inclemente: “De tal manera que las siguientes notas comienzan por aceptar la naturaleza plena y cabalmente biográfica de los libros, así como su factura esencialmente literaria”. Si lo dice el Chóforo debemos de aceptarlo porque él es el crítico “más leído” de la aldea mexicana. Estamos pues, ante una obra literaria de gran envergadura, el Chóforo no se equivoca. Ante este desplante, ante este insistir en lo inexistente, la Rana Roja quiso abandonar la lectura por considerarla un acto de masoquismo muy cruel. Pero... si no había concluido aún la primera página ¿qué tanto es tantito más? Adelante.

Hasta el 2007 era creencia general de que KK era historiador (o más bien historietista), pero gracias a los buenos oficios choforoscosos, helo aquí convertido en biógrafo y literato de polendas porque no obstante existir miles de páginas sobre los 8 “biografiados” por KK, “Krauze trabajó a contracorriente”. Eso es: ¡sólo contra el mundo! y, “ha cumplido, en primera instancia, con el género por el que apostó, la biografía”. “La biografía es un género literario”. Por ende, todo biógrafo es un literato. Habla de Biografía del poder, la cual abarca a 8 caudillos mexicanos. Sí, la de esos folletos que pagó el gordo Pesqueira Olea porque ninguna editorial sería quería editar. El Chóforo sigue con su trabajo de halagar al patrón, encuentra virtudes que tan sólo él ve: “La concisión clásica, la economía expresiva y la generosidad con el lector son algunos de los atributos formales de Biografía del poder. Subrayamos lo formal pues nadie ha reparado en esa virtud indispensable, como si el historiógrafo no necesitara, también, de escritores de talento”. ¡Y a KK talento es lo que le sobra! Reconoce el Chóforo que no a todos les gusta. ¡Pobres cretinos!, ignoran “la potencia de la forma y la nobleza de la escritura para dilucidar la historia”. ¡Bolas, don Cuco! Sigue sin medirse. Y continúa: “Con Max Weber, Krauze apuesta por la imagen del espíritu que une al hombre con el tiempo, al héroe con la sociedad que domina y que fatalmente lo sacrifica”. Bueno, pues ya tenemos a KK al mismo nivel de Weber. Y no se detiene: “La Biografía del poder es una colección ubicada en el centro de la aventura de nuestro siglo mexicano”. Y no para: “entenderíamos la Biografía de poder como un corte classicista”. Esto es, por obra y gracia de la retórica erudita choforesca KK es ya un clásico. Y está desbocado: “Biógrafo, Krauze no pretende empeñar en la historia prenda alguna que comprometa alucinaciones ideológicas” si de alucinaciones se trata, son las del Chóforo quien, alucinado, sigue en su perorata: “Acepta el mito con la sagacidad de

un científico y lo desentraña con una prosa magnífica cuya relevancia es histórica y formal”. “Krauze reconquista la biografía para la cultura mexicana. Escribió ocho libros para que fueran leídos por muchas personas. Escribir para el gran público con la mayor exigencia literaria es raro y, cuando ocurre, reverdece esa pasión humanista que tiene su epítome en el arte de la conversación escrita... y Krauze ha sorteado con maestría las emboscadas de los demonios del poder y sus signatarios”. Aquí el Chóforo pasa a ocuparse de otro libro de KK Siglo de caudillos. La cantaleta es la misma y, si el lector ha logrado llegar hasta este párrafo sería tratar de abusar de su paciencia, porque nada hay que valga la pena.

Al principio de esta nota expliqué que para refutar minuciosamente a KK sería necesario un libro de, al menos, 150 páginas. Yo me declaro incompetente para ello. Pero hay quien se tomó el ímprobo trabajo de hacerlo, fue Manuel López Gallo en Las grandes mentiras de Krauze (Ed. El Caballito, México, 1997, 285 pp.). Si bien este libro desmenuza otra de las series de KK titulada La presidencia imperial, el juicio sobre KK el “biógrafo”, el “gran escritor” es valedero para toda su obra ya que enfoca a KK el hombre, sí el hombre mendaz. Vaya en prenda este párrafo y no más, porque esto se alarga: “Enriquito, no hay libertad para escoger lo ineluctable. Por allí dijiste, refiriéndote a una carta del general Múgica, que tenía faltas de ortografía. Kike, Múgica nada más fue un gran revolucionario, no tuvo tu suerte de cobrar por lo que escribes y por lo que no escribes”. La acogida de Las grandes mentiras de Krauze fue delirante. En seis meses agotó cuatro ediciones. Muy recomendable para conocer a fondo al verdadero Enrique Krauze.

En el suplemento El Ángel del diario Reforma, el Chóforo publicó el día 4 de noviembre del 2007, siete notas didácticas sobre la crítica. Están redactadas en esa espantosa jerigonza muy propia de él, pero no tema el lector, no habremos de ocuparnos de su heptálogo completo, basta el primer mandamiento: “1. La función esencial de la crítica no es recomendar lecturas ni mucho menos calificarlas con una, dos o tres estrellitas en una reseña periodística de extensión breve. La reseña es sólo un género y puede practicarse genialmente (como lo hizo el joven Borges) o de una manera totalmente mendaz e intrascendente como ocurre en la mayoría de las publicaciones del planeta”. Cuando publicó lo anterior ya estaba en circulación su “diccionario”. Nunca pensó al escribir su heptálogo que estaba definiéndose pues, su “Diccionario de las choforoscosas” cumple rigurosamente con la mendacidad e intrascendencia que reprueba. ■